

Declara que nadie como los japoneses necesitan tanto la expansión por su ya insufrible densidad de población dentro de su limitado territorio.

Y concluye diciendo que es de elemental justicia permitir al Japón, si no anexarse, sí adquirir, comprándolo, el territorio de que tiene necesidad vital.

ENTRE tanto, el Japón botará al agua en los próximos meses de diciembre y enero, los dos buques de guerra más formidables que el hombre haya construído hasta ahora.

Y el Japón ríe, con su enigmática sonrisa, de muchas cosas:

Ríe de que Europa y Estados Unidos, que han asolado al mundo con la última guerra, le reprochen sus aprestos bélicos...

Ríe de que los procedimientos imperialistas y la Doctrina Monroe puedan ser excelentes en un continente y detestables en otro...

Ríe de la soberbia pretensión sajona que afirma que la Civilización tiene los cabellos rubios y los ojos azules...

Y sonriendo—nadie sabe qué oculta su sonrisa—afila en silencio su espada, para la Victoria o para el suicidio estoico y caballeresco...

En ambas cosas el Japón es maestro...

Nueva York, noviembre 1921.

(*Excelsior*, México, D. F.)

EL BARCO VIEJO

POR RAMON PEREZ DE AYALA

Ría adentro,
en el remanso quieto
de un estero,
cenagoso, verdinegro;
espejo
de olvido, de tedio
y de fantasmas de ensueño,
yace sobre su costado izquierdo,
que es ahora el de barlovento,
el barco viejo.
Cuando era mozo,
ágil y velero,
de un alegre color verde Nilo
tenía pintado el cuerpo.
Aun le queda a retazos la hermosa piel de
[antaoño,
que una lepra planteada le ha ido lenta
[royendo.

Y ahí está, como un leproso bíblico,
al borde del camino, expuesto
—la ría, encrucijada de caminos—
a la lástima de los romeros.

Una dulce ternura me invade,
mirando al barco viejo.
Dentro del alma
se me abren las esclusas del recuerdo.
Bajo la inundación mansa y copiosa,
no sé si mis dolores, los de hoy y los añejos,
se anegan en el fondo,
o si flotan ligeros.
Episodios infantiles
con melancolía renuevo.
En mi familia hubo
armadores y navieros.
Yo era muy niño, seis o siete años...
La casa estaba asentada sobre un roquedal
[costeño.

El mar saltaba al jardín
en las tormentas del invierno.
Yo pegaba mi rostro a la verja,
y me gustaba que el viento
trajese espumas a mi frente y sabor de sal
[a mi boca.

Mi corazón temblaba de misterio.
Veía las sutiles goletas, de casco de lanzadera
y blanco velamen enhiesto;
la Ramona (por mi madrina),
las Tres Marías, la Remedios.
Según el nombre femenino,
yo les atribuía sexo;
creía que naves y flores
eran princesas, cautivas en un encantamiento.

Hacia el rudo y medroso mar
cerraba sus brazos el puerto,
más bien alas de una clueta enorme
que abrigaba y defendía sus polluelos,
las lanchas boniteras
y las traineras de remo,
todas con nombres de mujeres y de virtudes,
madres, hermanas y novias de patronos y
[marineros:

Socorro, Esperanza, Rosario,
Caridad, Olvido, Consuelo.
Unas a entrambos lados de la prora
tenían pintados grandes ojos abiertos,
y, al cabecear, parecía
que querían romper el silencio.
De aquellas emociones pueriles
he guardado en todo momento
amor a las tormentas misteriosas
y a la serena claridad del puerto.

Años después, bastantes años,
las veladas en el hogar paterno.
Mi padre, de sobrecena,
hacía que le leyésemos
cuándo Alarcón, *El diario de un testigo*,
cuándo Dumas, *Los tres mosqueteros*.

Los había oído ya muchas veces
y por eso los hallaba amenos,
porque de antemano anunciaba
lances y acontecimientos.
Interrumpiendo la lectura
—ojos brillantes, ademán profético—,
decía: «Ya veréis; ahora viene
cuando Prim, en los Castillejos...»
O bien: «Ahora, Aramis astuto
a sus perseguidores da un quiebro».
Otras veces —mirada lejana, sonrisa en los
[labios—

contaba cómo siendo soltero
había hecho la corte a mi madre.
Mi madre, todo ruboroso el rostro miope y
[benévolo,

murmuraba. «Calla, hombre, calla...»
Pero mi padre proseguía el cuento,
y contaba un viaje a la Habana,
en un barco como éste: un velero.
Tres meses duró el viaje.
Porque era castellano viejo,
nacido en tierra de Campos, mi padre
[amaba el mar.

Cuando con tiempo recio

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

el barco navegaba a toda vela,
y zumbaba el aparejo,
y crujían las cuadernas,
y temblaban los pasajeros,
mi padre, enardecido,
decía al capitán: «Más trapo, Anselmo».
Luego, las calmas chichas del golfo de las
[Yeguas,

calmas de un mes entero.
El barco enraizaba en el mar,
como oasis en un desierto.
Arriaban el esquife
para dar largos saleos,
o cazar al arpón las doradas
con que trocar por un bocado fresco
salazón, tasajo y galletas.
¡Días de calma, paradisiaco sosiego
bajo las estrellas tropicales;
otro firmamento el mar, pero en sentido
[inverso!

Llegó el buque, al cabo, a la Habana.
Mi padre, al poner pie en el puerto,
lloraba por la vida que abandonaba.
Y aunque allí iba a ganar dinero,
abdicó, y en el mismo barco
retornó al patrio suelo.
¿Por gusto de la vida de navegante?
Quizás. Y, sobre todo, que en un rincón
[costeño

de la vieja metrópoli,
al partir había dejado la hierbabuena en el
[huerto.

Le aguardaba la novia;
la que había de ser mi madre luego.

En aquellas noches de calma, padre mío,
cuando cantabas cara al cielo,
quizás en el alma sentías
congojas inefables a modo de requerimientos.
Era mi vida, aun nonnata;
mi alma, que rebullía en el seno
de la nada, y que te pedía
corpóreo alojamiento.
Eran mi destino y el tuyo
gravitándose sobre el pecho.
A veces me asalta
un mal pensamiento.
¿Por qué obedeciste al destino?
¿Por qué seguiste el forzoso derrotero?
¿Por qué no me abismaste en el hondo mar
[de las cosas

que pudieron ser y no fueron?
¿Por qué me diste la vida
y con la vida el pensamiento?
Hiciste bien, padre mío.
Hiciste bien. Agradezco
con amor infinito y ardiente
esta vida que a ti te debo,
esta vida limpia y altiva,
que un santo dolor, como fuego,
ha purgado de escorias.

Creo verte, padre mío,
la noble cabeza, de blancos cabellos;
los ojos veraces,
profundos, atentos;
los labios, que nunca albergaron
palabra vana o falso juramento.
Saliste al paso a la muerte.
Solo y pobre ante el mundo me encuentro.
No hacienda, si otra cosa más rica me has
[dejado:

alma honrada, corazón sincero,
ambición de lo noble,
compasión hacia lo plebeyo.
Ojalá que de mí se diga:
«es un hombre», como de ti dijeron.
Y ahora, por las rutas del mundo
en busca del tesoro verdadero:
la mujer semejante a mi madre,
para mí esposa. A ver si la encuentro.
Y que los hijos nos amen
con el culto que os profeso.

(Del tomo *El Sendero andante*, Madrid 1921).